

Cultura ciudadana y sensacionalismo periodístico

RESUMEN

En el caso del Perú constituye un asunto muy interesante tratar de analizar el papel que cumple el periodismo sensacionalista —o la prensa amarilla— en el desarrollo de una visión madura de una ciudadanía democrática. La hipótesis del autor es que la prensa amarilla tiende a crear individuos carentes de sentido cívico y de visión crítica, sujetos a las sensaciones y dominados por las pasiones y la inmediatez. Palabras Claves: Prensa amarilla, visión crítica, carentes de sentido, estilo ligero, diagramación.

CITIZENSHIP CULTURE AND JOURNALISTIC SENSATIONALISM

ABSTRACT

The case of sensationalist journalism in Peru is an interesting topic. We pretend to try to analyze the role of sensationalist journalism —or yellow press— in the development of a mature vision of democratic citizenship. The hypothesis of the author states that yellow press tends to create individuals lacking a civic sense and a critical vision subject to sensations and dominated by pressures and immediacy. Key words: yellow press, critical vision, sensations, immediacy, diagramming.

César Arias Quincot

Licenciado en Historia, Bachiller en Derecho, periodista, editor de opinión del diario *El Peruano*. Profesor de la UNIFE y de la Universidad del Pacífico. Ha publicado varios libros.

Evolución del periodismo sensacionalista en la sociedad peruana

En el Perú, la utilización de las pasiones primitivas de las masas más pobres e ignorantes fue un recurso que utilizaron los líderes políticos defensores del sistema oligárquico existente en la sociedad tradicional peruana. Por ejemplo, durante la conflictiva etapa del débil gobierno democrático del Presidente José Luis Bustamante y Rivero, la oligarquía agroexportadora —es decir, el sector social que el aprismo de entonces denominó: “barones del azúcar”— utilizó una revista denominada *Vanguardia*, impresa en los talleres de *La Prensa*, el diario de los agroexportadores; dicha revista fue dirigida por el ex comunista, y luego sicario mediático de la oligarquía, Eudocio Ravines.

La publicación utilizaba una diagramación ágil y un estilo ligero y sensacionalista inflando rumores no comprobados y presentándolos como verdades absolutas. Otra característica central de esta publicación fue su descarada actitud golpista; es decir, el deseo explícito de la revista era el derrocamiento de Bustamante, la implantación de una dictadura y la represión del APRA.

El Partido Aprista respondió con el diario *La Tribuna* —un diario ágil pero no amarillo—, y revistas como *Contraataque*, pero no pudo competir, dado que *Vanguardia* contaba con el apoyo de los diarios de más poder e influencia como *El Comercio* o *La Prensa*. Estos periódicos dejaban que la revista dirigida por Ravines utilizara los recursos más bajos y ruines, para ellos presentarse como opositores más dignos pero que, en esencia, también buscaban el derrumbe de la democracia.

Prueba clara del espíritu antidemocrático de los principales periódicos peruanos fue su actitud luego que Bustamante fuera derrocado y se iniciara una dictadura represiva y corrupta (octubre de 1948): *La Prensa* y *El Comercio* publicaron editoriales aplaudiendo el asesinato de la democracia y dando la bienvenida a la naciente dictadura.

A inicios de la década de 1950, la empresa de *La Prensa* publicó un diario “popular”: *Última Hora*, caracterizado por los titulares escritos en jerga carcelaria, el énfasis al deporte, las noticias policiales y noticias del espectáculo, con énfasis en lo farandulero (género frívolo). En el aspecto político, la línea era similar a la de su hermano mayor: defensa de la

ortodoxia liberal en economía y una mediatizada defensa de la democracia —por ejemplo, se criticaba a Fidel Castro pero no a la dictadura brasileña, de claro carácter derechista— sin embargo, no sería justo afirmar que un diario como *Última Hora* desestabilizó la democracia.

Paradójicamente, el amarillismo fue contenido por el gobierno militar (1968-1980) debido a normas restrictivas como el Estatuto de la Libertad de Prensa (1970) y las posteriores disposiciones tomadas en adelante como el control directo de los medios de comunicación más importantes. En aquel tiempo, el problema no fue el amarillismo sino el “parametraje”, término tomado de una norma del gobierno militar que señalaba que la libertad de expresión se ejercía “dentro de los parámetros de la revolución peruana”.

El control oficial de los medios condujo a un periodismo burocratizado y monocorde que fue apreciado como represivo por gran parte del público, en especial por las clases medias que sentían hartazgo por las censuras múltiples existentes en aquel tiempo. La lógica de las cosas condujo a que, una vez que volvió la libertad, se ingresara a los excesos sensacionalistas.

Violencia social y amarillismo periodístico

El 28 de julio de 1980, el Presidente Fernando Belaúnde Terry, apenas juramentó, anunció que quedaba restaurada la libertad de expresión disponiendo que los antiguos propietarios ingresaran a los medios como interventores del gobierno, en tanto una norma legislativa los devolvía a sus legítimos propietarios. De este modo, el candidato triunfador cumplió su promesa de no dormir una noche en Palacio mientras no existiera plena libertad de expresión.

La mayor parte de quienes retornaron a dirigir los medios de comunicación lo hicieron con un espíritu similar al de los Borbones en 1815: “sin haber aprendido ni olvidado nada”. Esto se manifestó en el espíritu ultraconservador, macartista y oscurantista que presentó la mayor parte de los diarios; un caso distinto fue *El Comercio*, periódico que

asumió una consecuente defensa del sistema democrático, tal como lo mostró en la década pasada al enfrentarse con el fujimorato.

El nuevo contexto democrático permitió la aparición de nuevos medios: los canales ATV y Frecuencia Latina y los diarios *El Observador* y *La República*. En Frecuencia Latina, el primer director del noticiero impuso un estilo de corte amarillista que le permitió una elevada audiencia, en especial entre los sectores pobres e incultos.

Esta característica —es decir su llegada a sectores masivos del pueblo—, conduciría a que el régimen autoritario de la década pasada despojara de sus derechos al principal accionista de esta empresa para entregarla a los accionistas minoritarios, dispuestos a someter la línea del canal a una actitud servil al fujimorato.

Ese noticiero presentaba escenas truculentas: cadáveres mutilados, heridos agonizantes, viudas llorosas, escenas de violentos desalojos y todo ello acompañado por la jadeante voz de una reportera celeberrima por su afición a este tipo de temas. Muchas veces se preguntaba a los heridos: “¿qué siente?” y la misma interrogante se hacía a la madre de un niño violado y asesinado o a la esposa de un policía victimado por terroristas.

La explotación de la violencia se vio favorecida, además, por el clima social y político del Perú en esos tiempos: el crecimiento inorgánico de las ciudades y la informalidad que campeaba, llevaron al incremento de la delincuencia. De otro lado, en mayo de 1980, inició su guerra subversiva el Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y, en 1984, hizo su aparición otro grupo terrorista el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). En diciembre de 1982, el Presidente Belaúnde ordenó la intervención de las FFAA en la zona de mayor acción subversiva.

El clima de horrorosa violencia que —según el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR)— nos causó 69 mil víctimas fatales, era apropiado para la explosión del amarillismo violentista. Por tanto, al noticioso de Frecuencia Latina se sumó el nuevo diario *La República*. Dicho periódico era un medio que respondía a una ideología democrática y progresista, cercana al APRA y a los grupos moderados de Izquierda Unida. Se trataba de una perspectiva política muy parecida a la del diario *El Observador* que apareció pocas semanas antes; quizá por esta razón,

su tiraje no se elevaba mientras el diario se mantuvo con un estilo serio y tradicional orientado a la clase media ilustrada.

El estilo empezó a cambiar luego que el director comprobó que las ventas subían cada vez que se trataban en forma destacada temas policiales. Este hecho condujo al diario, sin abandonar su excelente página de opinión ni su información política de calidad, a dar más énfasis a lo policial dando espacios en páginas centrales a informes acerca de “La chica dinamita”, “Cri Cri”, “Platanito” y los hermanos “retacos”, todos ellos destacados hampones.

Se cuenta que un poeta de izquierda, que trabajaba para este diario, fue asaltado con todos los clientes de un café a altas horas de la noche y que el delincuente, al ver el carnet del diario, le devolvió su dinero al poeta diciendo: “sigue nomás hermanito”. Esto puede reflejar la imagen del diario en aquellos tiempos.

Sin embargo, en el caso de *La República*, las concesiones al amarillismo no debilitaron su línea política democrática, como se mostraría con toda claridad en 1992 cuando enfrentó al régimen autoritario sin concesiones ni medias tintas.

Autoritarismo y prensa amarilla

A inicios de la década de 1990, la situación social del Perú se agravó. El deterioro de la clase media se agudizó y decenas de miles de empleados del Estado fueron arrojados al desempleo, en tanto que quebraron numerosas empresas privadas, dejando a sus trabajadores en la calle, con las previsibles consecuencias sociales.

La causa de esta debacle social estuvo en la agudización de la crisis económica durante los años finales del primer gobierno del Presidente Alan García: luego de una reactivación heterodoxa que bajó la inflación y permitió un crecimiento del PBI en 9%, el país ingresó en un estancamiento que se complicó con una creciente inflación. Al final del gobierno, se vivía una hiperinflación que, anualizada, pasaría del 6 mil por ciento.

Para cortar esa inflación, el naciente gobierno de Fujimori aplicó la receta que el candidato nisei había prometido no aplicar: un brusco ajuste radical. Este ajuste elevó las gasolinas por encima del 3,000% y redujo brutalmente los ingresos de todos aquellos que poseían un ingreso fijo, y, lo que es más grave, provocó la quiebra de empresas.

Como consecuencia del empobrecimiento casi general, un buen sector de la golpeada clase media dejó de comprar diarios y revistas. El resultado no solo fue una reducción del mercado para los medios, sino una feroz competencia para llegar a un público cada vez más pobre y que, en su mayoría, era inculto.

En este ambiente social, económico y cultural, es que aparecieron nuevos diarios de formato tabloide, de muy bajo precio, poco texto, grandes fotografías, con portadas amarillista y fotos de mujeres semidesnudas: *El Chino*, *La Yuca*, *El Chato*, *Ajá*, *El Mañanero*, *La Chuchi*, etc. Estos periódicos fueron, en su inmensa mayoría, comprados por el gobierno fujimorista para ser utilizados como “sicarios mediáticos” (la frase es de Carlos Iván Degregori) contra la oposición democrática.

El procedimiento era muy simple: los propietarios acordaron con el asesor Vladimiro Montesinos cobrar por favorecer al régimen autoritario y, desde una oficina dependiente del servicio de inteligencia, un antiguo periodista hípico, enviaba titulares injuriosos contra los líderes de la oposición; si el diario los colocaba en primera plana con grandes letras, el diario recibía sumas entre \$2,500 a \$5,000.

El apogeo de esta corrupta manera de dirigir las informaciones fue el período electoral de 1995 y, más adelante, de modo perfeccionado, el proceso electoral del año 2000. Los titulares agraviantes: “Pituco Andrade” “¡Qué nervios!: Castañeda”, “Chancho Andrade”, “Terrorista Toledo”, “Calentona Eliane”. Las víctimas de los agravios no podían acudir a un Poder Judicial controlado por magistrados corruptos que estaban en manos, por compra o chantaje, del asesor presidencial Vladimiro Montesinos.

De este modo, un conjunto de empresas económicamente frágiles y con propietarios de gran laxitud moral y carentes de convicciones democráticas, hizo posible que, con gran facilidad, el régimen autoritario de los años 90 manejara a su antojo a la gran mayoría de la prensa amarilla.

El gobierno de Alberto Fujimori deseaba controlar aquellos medios de comunicación que impactaban en las masas populares incultas, dado que ellas constituían el más numeroso grupo de electores y su principal fuente de apoyo. Ese régimen mantenía influencia sobre ellos gracias a los programas de apoyo alimentario y el control mediático.

Por esta razón, a la prensa amarilla, se añadió la “televisión basura”. El asesor Montesinos compró a los propietarios de tres canales de señal abierta (América C/4; Panamericana C/5 y ATV C/9) y controló un canal de cable. Al canal 11 se le hizo quebrar para eliminar de la televisión al canal cuya figura central era el alcalde Ricardo Belmont y al canal Frecuencia Latina que, como ya vimos, tenía fuerte llegada a sectores populares, se lo controló despojando de su nacionalidad a su principal propietario y reemplazándolo en el control de la empresa por los accionistas minoritarios, serviles al régimen.

Una vez controlados los canales, se impulsó una programación amarillista centrada en *talk shows* de un carácter escandaloso y contruidos en base a la compra de testimonios falsos acerca de violaciones en la infancia, incestos y toda clase de perversiones. Personas muy pobres recibían 100 soles (unos US\$30) por inventar historias e incluso liarse a golpes con sus rivales de ficción.

La más célebre animadora de este tipo de programas —una abogada que se inició en la televisión como adversaria del fujimorato— llegó a presentar programas políticos preparados por el servicio de inteligencia. En sus programas frívolos, la abogada hacía apología del régimen y enviaba besitos al doctor Montesinos.

De este modo, el amarillismo no solo distraía al pueblo de la política —vg en momentos difíciles para el régimen la animadora Magaly Medina filmó a una vedette ejerciendo la prostitución y, al día siguiente, todos los titulares de la prensa amarilla eran sobre este asunto, tapando aquello que el régimen deseaba ocultar— sino así, en la etapa final de su existencia, el fujimorato logró tener controlados a los sectores más pobres y despolitizados; por ello, tenía buenos resultados en las encuestas.

Finalmente, dicho control no fue decisivo porque, como ocurre en la historia, los cambios políticos progresistas los hacen las minorías conscientes y activas y no las masas pasivas que responden encuestas.

Presente y futuro

Cuando retornó la democracia, la prensa amarilla dejó de cumplir un rol político y retornó a sus orígenes, es decir, a ocuparse de crímenes, adulterios de artistas y otras noticias de escasa trascendencia. Paralelamente, aparecieron otros diarios pequeños y de poco costo pero de mucho mayor calidad periodística: *Correo*, *Perú-21*, *Primera Plana*; cuyo estilo es ágil, desenfadado y audaz. La información política es central, contratan como columnistas a destacados periodistas, políticos importantes o figuras notorias de nuestra sociedad.

Durante el pasado gobierno, de Alejandro Toledo, la mayor parte de esos medios jugó a la oposición implacable sin tomar en consideración los riesgos que corría el sistema democrático cada vez que algún irresponsable planteaba adelantar las elecciones, sin tener en cuenta los costos económicos ni entender que el rompimiento de las reglas constitucionales podría conducirnos a la “bolivianización”.

En conclusión, la prensa amarilla constituye una muestra de nuestro primitivismo cultural y fue manejada para cumplir el rol de circo en el cesarismo *sui generis* que padecemos la década pasada. En la actualidad es muy pronto para preparar un análisis del comportamiento de ese tipo de medios durante el segundo gobierno del Presidente García.

Lo que el Perú requiere es medios de comunicación capaces de llegar a las grandes masas pero dirigidos por personas con clara vocación democrática y que traten de darle un mínimo de sentido crítico y perspectiva de ciudadanía a los sectores populares. Esto lo hacen en la actualidad algunas radios; en la prensa escrita, sólo *El Popular* (que pertenece a la empresa de *La República*) se aproxima a lo que afirmamos

Referencias

- ARIAS QUINCOT, César, *La modernización autoritaria*, Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1994.
ARIAS QUINCOT, César, *Perú: entre la utopía y el cinismo*, Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1996.

Correo electrónico: carias@editorperu.com.pe